

Dirección. Redac-
ción y Administra-
ción. Plaza de la
Constitución, 5.

El pueblo

Precios de suscripción

En Totana el mes, 0'60

Fuera, el semestre, 4'00

El año. . . . 8'00

Pago adelantado

Semanario de información general y fomento agrícola

No se devuelven los originales



Con censura Eclesiástica



La correspondencia al Director

De la vida

¡CALORES Y COLORES

Primera semana del mes de Agosto. Nuestra naturaleza enervada por los enormes calores propios de estos días, no permite desentendernos en nuestra vida de relación como quisiéramos.

Exceso de vida es la de estos días. El medio ambiente que respiramos es tan cálido, al reseca nuestras gargantas por las calideces de un sol abrasador, resta también a nuestra inteligencia no solo clarividencia para relatar y criticar sino hasta la nota más elemental de concepción.

Pero sacudamos, aunque por un momento sea, nuestra enorme pereza y corramos nuestra memoria tras un algo que ni no amenice vuestras cultas imaginaciones de lector, os entretenga; busquemos la comidilla, el hecho o la cosa, que aunque meliflua, vulgar o gris, sobándola un rato, otro entretengáis en una de aquellas horas de la siesta dominguera.

Pensaba hablarlos hoy y analizar, las barbaridades administrativas que se suceden con vertiginosa carrera (como dira el propio D. Juan Ruiz. Perdoneme amigo.) desde hace algún tiempo, *mal tiempo y sigue* ¡Pero! ¿no os parece que hace mucho calor para aridificar este artículo o lo que sea, hablando de hacienda municipal? Dejémoslo para algún día en que el tiempo refresque y vivirán tranquilos un rato más los frescos que nos gobiernan a los que no hieren ni los rayos del sol de Agosto.

¿De qué hablaré Dios mío? ¡Ah! ya caigo. Dé los Cartagineses.

Sin duda alguna estais persuadidos de que en los renglones siguientes, vais a encontrar descripciones de aquella invasión de parte del litoral de nuestra península (con permiso de Portugal) y de aquellos grandes generales, Amílcar Barca, Asdrúbal, y Anibal fundadores de Cartagonova (hoy Cartagena) y vencedores de la invencible dueña del mundo de la Roma imperial.

Pues estais completamente equivocados. No es esa de la invasión que yo permito ocuparme, (con permiso de Sr. Carrillo) no, es de la invasión de Totana por los cartagineses de las modernas edades. Y conste que el que me inspira estos renglones sin ser una concepción de Venus ni aun de Cupido, en esta Ciudad conquistada por los cartagineses le llaman el *Capricho*.

Contábame en reserva y así os lo relato, que en cercano y transcurrido día, personóse con su aire de personajillo en las oficinas de la contaduría municipal, a fin de averiguar que cantidades desaparecían en los documentos oportunos que en aquellas se archivan, de ciertos créditos que leadeuda el Ayuntamiento de una época *gloriosa* en que él fué depositario municipal.

Relatábame su indignación, cuando pudo persuadirse que los referidos créditos habían sido *birlados* (valga la frase). Me preguntaba furibundo si esto podía hacerse. Permitiéndome contestarle que únicamente esto, lo autoriza el artículo 16 y medio de la ley de contabilidad de Totana (*nueva república*) ¿No es verdad Redondo?

Pero este precisamente logró apagar su sed de venganza e indignada furia. Al oído, muy quedo y dulcemente, oímos con el poeta *"dulcemente y al oído"* despojó estas tiernas palabras.

Pronto te lo podrás arreglar tu.... que vas a ser Alcalde.

—¡Yo Alcalde! ¿Por qué me dices eso?

—Que no nos oigan.... Por que eres de Cartagena, no lo dudes tu serás Alcalde de Totana.

Emocionado, olvidando el asunto de los créditos que lo había llevado allí bajó en tres saltos los veintitrés escalones que dan acceso al tercer piso del edificio para encontrarse en el segundo y ante el primero de los cartagineses, que bien podíamos llamar Anibal (por tener mas valor que él). Ya en su presencia, cuando las frescas brumas de la balsa vieja, dispararon las humaredas de su gubernamental y exótica estancia, no producida por exhalantes pebeteros por

cierto, si no por el constante cigarro puro que cuelga a sus labios, nuestro Capricho balbuciente y tartamudeando exclama aquella frase del Profeta, «Alegre estoy por lo que me han dicho»; mis créditos me los escamotearon pero, en cambio voy a apropiarme de la *tirana*. —¡Vive Dios! ¿habéis perdido la razón?

—No, eso será muy pronto la *tirana*, Secretario, la *tirana* es para mí.

—¿Y eso por qué lo decís?

—Por que soy de Cartagena. ¿No lo sabiais? de Carta.....ge...na....

—¡Ha bandido! esta es la de hoy. Y levantando los puños repetía, ya me la pagarás, quieres interponerte ante las conveniencias de la alta política.

Nuestro Capricho, conste que mientras nos hacia el relato, imprimía a sus movimientos ya cierto dejo de autoridad que si no comparable a la de Anibal podía confundirse muy bien con la de Román.

LA SECA

Prólogo recitado por su autor don José M. A. de Sotomayor en el Teatro Circo de Totana en la función celebrada el día 2 de agosto de 1923.

Braceros laboriosos de las tierras feraces de esos campos sedientos, ansiosos de criar; que sufrís las angustias de las sequías tenaces al terruño apegados, como los secos haces de las doradas mieses dejadas solear.

Honrados labradores de pobres heredades que tenéis por frontera un corto caballón; que apenas sois chiquillos y tenéis mocedades; que consumís los años de todas las edades a esas tierras sin sangre buscando el corazón.

Sufridos labradores que vivís condenados a la eterna ignorancia y al eterno quehacer de llevar a las urbes vuestro pan y ganados y encerrar en sus lonjas vuestros frutos ansiados aunque a veces vosotros no tengáis que comer.

Antiguos patriarcas de mi vega, ya ancianos que lleváis en el rostro los surcos del sudor; tan curvadas las piernas y deformes las manos, que aun de Dios siendo hijos... ¡no parecen hermanos el hombre de las urbes y el hombre labrador!

Mujeres campesinas honradas y hacendosas, la nota más alegre del campo y del hogar; las hijas recatadas, las madres cariñosas que en boca de sus hijos derraman generosas las mieles de sus pechos en dulce transmanar.

Yo recogí en mi lira vuestros rudos acentos con los tonos bravíos de ese inculto decir, que tiene algo de brisas y rugir de los vientos; que no saben en sus giros ocultar pensamientos, y es la expresión humana, de un profundo sentir.

Y al sonar en sus cuerdas vuestras quejas y amores y vuestros fatalismos en la resignación, habrá notas que vibren como ronclos clamores ¡en la gran injusticia de los grandes dolores que sufrís olvidados en oscuro rincón!

Y templada mi lira, dejaré vuestros lares; y sintiendo añoranzas por mi vieja heredad, lanzaré por el mundo la voz de mis cantares, a ver cómo contrastan vuestros hondos pesares con el vivir alegre de la grande ciudad.

Y quizá que las gentes en la gran extrañeza que cause a sus oídos vuestra dura expresión, condene vuestra *habla* de indómita rudeza... y tras el pensamiento, cruzaréis mi cabeza mostrando los arados con brava indignación!

Y diré por vosotros a esas gentes extrañas —Venid a nuestros campos y veréis trabajar.

De veraneo

A vosotras, lindas muñequitas, que vais de veraneo a la familiar y alegre playa del Puerto, y luego volvéis, unas tristes, alegres otras, según que el Dios Cupido, «el cieguecito del amor», os haya o no enfilado con sus dardos.

—¡Que no dejes de escribirme! Ya sabes mis señas. ¡Oye! Y cuéntame todo lo que pase por aquí.

Así decía Dorita, una juncal morena que marchaba al Puerto de Mazarrón, a Luisa su amiga, una graciosa rubia que se quedaba en Totana y que había ido a despedirla al auto.

—¡Y que voy a contarte que tu no sepas! ¡Es tan aburrida la vida en este pueblo! ¡Dichosa tú que sales de él; aunque solo sea por poco tiempo. Yo desgraciadamente, por la ligera enfermedad de mamá, estoy condenada a reclusión perpetua en este cementerio. Sólo cuando hay cine pasamos el rato algo distraídas; los demás días, la Cárcel y pare usted de contar.

El motor del auto comienza a trepidar y a poco se pone este en marcha.

¡Adios, adios! exclaman las dos amigas al mismo tiempo, mientras un pañuelo revolotea en una de las ventanillas y otro gañaras en tus suposiciones? le contesta desde la blanca carretera. En lontananza se descubre una nube de polvo y poco después, el auto vuelve una curva y se pierde de vista.

Pasan unos días y Luisa recibe la primera carta de su amiga en la que, entre otras nimiedades propias de un reciente viaje, le dice:

«....si chica, es un muchacho de Madrid, muy simpático. A los pocos días de mi llegada a esta, ya empezó a pretenderme. A todos sitios me seguía a tiendas, al baño, al Casino, a la isla...., en fin, no me dejaba a sol ni a sombra y.... ¡para que ocultártelo! Ya somos novios. ¡Si vieras que contenta estoy y lo que daría porque entuvieses a mi lado para compartir conmigo la alegría que me embarga! Es abogado, según dice, de gran porvenir, y.... sobre todo, me consta que quiere casarse dentro de poco. Por fin voy a ver resuelto el problema que en esa tanto me preocupaba, ¡¡Voy a ser casada!! ¡Oye!.. ¿y crees tú que serviré para casada?»

Escríbeme pronto y toma mucho besos de tu verdadera amiga—Dorita.

La contestación, toda llena de buenos consejos, y demostrativa de una mayor experiencia de la vida, no se hizo esperar:

«....Ante todo mi mas cordial enhorabuena. Ya sabes el cariño que nos une y comprendes que, tanto en los ratos alegres como en los de tristeza, estoy a tu lado; pero ¿no te engañaras en tus suposiciones? tienes la completa seguridad de que no finge un cariño que no siente? Fíjate bien antes de meterte demasiado, pues los hombres, casi todos, suelen darnos *mona* y a veces *mico*. Por lo demás, de ser verdad todo cuanto me dices, no puedes suponer lo que me alegro. Yo sigo batallando con Perico, que está co-

